

na, su patrona, Juana deja traslucir algo de tal malquerencia, villanico que muy bien hubiera podido escribir sor Francisca:

**“Contra una tierna rosa,
mil cierzos se conjuran!
Oh, qué envidiada vive,
con ser breve, la edad de la hermosura!
Porque es bella, la envidian;
porque es docta la emulan;
oh, qué antiguo en el mundo
es regular los méritos por culpas!”**

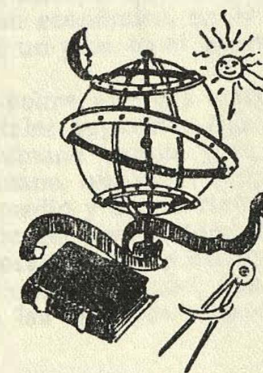
A buen tiempo debió conocer las obras de sor Juana Inés de la Cruz, nuestro poeta colonial, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Neiva, don Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla. A sus manos llegaron quizás los dos primeros volúmenes de las obras completas de la monja mexicana, allá por el año de 1693, cuando él no había publicado aún su nada ordenado y si muy abultado infolio poético intitulado **Rhytmica Sacra, Moral y Laudatoria**, acaso editado en 1703, una de cuyas muchas partes dedicó a sor Juana Inés de la Cruz en forma de dos laberintos o caligramas poéticos y de unas endechas reales, en las cuales el vate Alvarez de Velasco vertió hiperbólicas laudes, y con éstas, todo el torrente de su caudalosa admiración. Inicia éste sus endechas endecasilabas en honor de sor Juana, así:

**“Paisanita querida,
no te piques ni te alteres,
que también son paisanos
los ángeles divinos y los duendes”.**

No contestó sor Juana a este su remoto admirador como tampoco replicó a muchos otros poetas de las colonias americanas que constantemente le expresaron su admiración en sonetos, letrillas, octavas, décimas y romancillos laudatorios. Su innata modestia se lo vedaba. Pensando acaso en nuestro efusivo poeta Alvarez de Velasco y en sus demás admiradores, sor Juana, sintiendo ya próxima su muerte, escribió un poema, que no alcanzó a concluir, en el cual les agradece sus exaltados encomios a la par que dice no ser merecedora de ellos.

Las endechas reales a sor Juana escritas, por Alvarez de Velasco y Zorrilla fueron publicadas por don Manuel del Socorro Rodríguez en su **Papel Periódico**. Comparó aquel a la ilustre monja jerónima con la monja sajona Roswitha, auténtica representante poética del reinado de Otón el grande y autora de notables obras hagiográficas y de dramas escritos en latín, que la crítica ha considerado como precursores del teatro moderno. Nació alrededor de 935.

Finalmente, muere sor Juana a los 44 años de edad, víctima de la peste, contraída al asistir a sus hermanas en religión, el 17 de abril de 1695, cuando sor Francisca cumple siete meses de haber hecho sus votos de profesión monástica y frisaba en los 24 años de edad.



SOCIOLOGIA

EL HOMBRE COLOMBIANO

Por: José María Villarreal

Es un lugar común afirmar que de todos los elementos que entran en la producción económica, en el progreso, en la cultura y en la historia de un país, es el hombre el factor decisivo.

El suelo puede ser pobre, el clima malsano, las materias primas escasas, sin que tales supuestos sean obstáculo definitivo para que la energía humana triunfe y surja el adelanto. Todo depende del factor humano, que es el único elemento activo capaz de transformar el medio y de convertirlo de mediocre u hostil en favorable. Los demás, son factores inertes, incapaces por sí mismos de ningún resultado en la historia de las naciones. Inclusive, se ha afirmado, no sin razón, que la excesiva generosidad ambiental enerva las energías creadoras y genera hábitos de molicie.

La experiencia nos demuestra que frecuentemente son los pueblos menos favorecidos por el medio físico en que viven los que adquieren mayores virtudes y conquistan más altos grados de civilización. Porque la riqueza fundamental de un país es la aptitud del hombre para hacer de la vida común una vasta empresa de dinámica cooperación. Es la inteligencia de sus gentes, su capacidad para producir, la facilidad con que se amolden a las formas de la vida civilizada.

De dos países con un mismo volumen de población, será más importante aquel cuyos habitantes sean de superior condición, y entre países de extensión territorial desigual, tenderá a ser más pujante el que tenga mayor número de habitantes. De otra manera, puede decirse que las riquezas naturales valen poco cuando se carece de una población capaz de ponerlas en valor, porque, se da el caso de naciones que viven miserablemente sobre una tierra llena de posibilidades. Por el contrario, si el hombre es de gran calidad, transformará los factores adversos, suplirá las deficiencias y vivirá prósperamente.

Excedería los límites de este breve artículo si ensayara hacer un análisis completo de las condiciones que un pueblo necesita para su avance y mejoramiento. Pero es obvio que esas exigencias se refieren unas al vigor físico de la raza, otras a los valores intelectuales y morales y otras a los conocimientos adquiridos. Porque para que el hombre sea un impulso dinámico en el progreso requiere salud física, higiene, honradez, lealtad y preparación en la profesión u oficio correspondiente.

Yo tengo una visión definitivamente optimista del hombre colombiano. Cuando se ha tenido alguna experiencia a cerca de la posición que suelen ocupar los estudiantes colombianos en las universidades y centros extranjeros de preparación, se adquieren dos conceptos perfectamente claros. De un lado, se llega a la conclusión de que nuestras gentes son dueñas de una inteligencia superior, comparable a la de cualquier otra nación. Pero, de otro lado, se advierten deficiencias y vicios fundamentales que son responsables de que se malogren capacidades mentales extraordinarias. Juventudes que empiezan a frecuentar las universidades y a familiarizarse con los conocimientos técnicos y muestran en este momento verdaderos destellos de grandeza, se transforman en hombres incapaces y en profesionales fracasados. Con frecuencia a los cuarenta años no quedan más que los despojos lamentables de capacidades que permitieron pensar, veinte años antes, en un envidiable porvenir. Sin duda, hay en nuestra mentalidad, en nuestra psicología, puntos oscuros que no han sido suficientemente estudiados, que continúan desafiando la perspicacia de maestros y pedagogos y que engendran desventajas profundas en la vida del hombre y del ciudadano.

Sin lugar a duda, nuestros sistemas didácticos y el esfuerzo educador del Estado no están bien dirigidos, porque los defectos que nos desmojoran se van transmitiendo y tal vez acrecentando de generación en generación.

Nos seducen más las apariencias que el fondo de las cosas. A veces le damos mayor importancia a la tarjeta de visita que a la solidez de los conocimientos. Se carece del sentido de responsabilidad, se acepta la ejecución de una tarea para la cual no se está capacitado, se deja de cumplir lo que se promete y se tiene la esperanza de que, en el último momento, alguien responderá por nosotros. No se piensa en lo que ofrece, o si se piensa, de antemano la mente se conforma con la idea de que se trata de algo aproximado, de que las circunstancias pueden cambiar, de que habrá un pretexto razonable que nos permita eludir la obligación. Este mal domina toda nuestra vida de reglación. Se manifiesta tanto en las actividades puramente sociales como en la práctica de los negocios y en los compromisos profesionales.

Considero que es necesario atraer constantemente la atención de los poderes públicos y de los educadores sobre esos de-

fectos básicos de la gente colombiana, ya que los males no se corrigen sino cuando se los pone al descubierto. Si tratamos de engañarnos a nosotros mismos y cubrimos con un manto de falso optimismo las dolamas que nos afectan, desaparece toda esperanza de mejoramiento.

Dejando a un lado la consideración de los grandes problemas relativos a la falta de nutrición y de higiene adecuadas, que nos restan energías en el proceso de la creación de riqueza y cultura, quiero simplemente mencionar algunas deficiencias de nuestra fisonomía espiritual.

Siendo tan notoria la falta de instrucción que nos aqueja, es todavía más grave la carencia de buena educación. El esfuerzo pedagógico del padre de familia y más tarde del maestro, deben orientarse a fijar hondamente en la conciencia del joven conceptos básicos, indispensables para la formación de elementos óptimos de la sociedad. Los datos científicos, las nociones concretas sobre geografía, aritmética o literatura de poco sirven si no se apoyan en aquellos conceptos. La instrucción, la información, sobre las ciencias y las artes se pueden lograr durante el curso de la vida, pero la rectitud de espíritu y la firmeza de carácter serán valores definitivamente perdidos si no se adquieren en el primer momento en que la conciencia se pone en contacto con el mundo exterior. Podría sintetizar esta idea diciendo que es posible que en nuestras escuelas y colegios se esté cometiendo el error de dedicar más tiempo y esfuerzo a enriquecer la mente de los jóvenes con letras y datos, que a impartir en su conciencia ideas de honradez, de responsabilidad, de respeto al derecho ajeno, de celoso cumplimiento del deber, de cooperación y ayuda, de tenacidad en los propósitos, de rectitud en las intenciones y los medios.

¿Cómo llegar a poner en marcha la indispensable revolución pedagógica que extirpe de raíz las inferioridades del carácter de nuestra gente? Esta es la gran cuestión que debe resolver el educador colombiano como han logrado hacerlo o están en camino de hacerlo en otros países. En todo caso, sería desastroso pensar que entre nosotros puede existir necesidad más urgente que la de mejorar e intensificar la educación popular, porque, si conseguimos los resultados deseables en esta materia, todo lo demás vendrá por añadidura.

En dramático contraste con esta gran necesidad de mejor educación que agobia el pueblo colombiano, vemos que el Estado ha descuidado por entero su alta misión pedagógica y que, frecuentemente, tolera o se asocia con la iniciativa privada para crear hábitos disolventes. La sed de lucro en los particulares y el arbitristo fiscal en el Estado son la causa de tan absurda ocurrencia. Uno de los casos más alarmantes de esta actividad corruptora, privada y oficial, son las campañas tendientes a destruir en el pueblo el hábito del ahorro.

En Colombia la gente no economiza suficientemente para mejorar su propia situación y para contribuir al fortalecimiento de los procesos creadores de riqueza.

En otros países los gobiernos se preocupan hondamente por combatir la imprevisión y la irresponsabilidad. Aquí, el Estado rivaliza con la iniciativa particular para apartar al hombre del camino del ahorro y para crearle una mentalidad según la cual su futuro no depende de su trabajo y su esfuerzo sino de un golpe de suerte que lo haga rico de la noche a la mañana.

Entre nosotros el ahorro se mueve penosamente entre fuerzas que tienden a destruirlo.

De un lado, hay factores sociales que apartan a nuestras gentes de la metódica y paciente acumulación de modestas sumas de dinero y de otro, hacen falta estímulos que hagan atractiva y segura la práctica del ahorro.

Es sabido que en las sociedades bien gobernadas los juegos de suerte y azar son apenas tolerados, como una concesión a algo que infortunadamente es una inclinación de la naturaleza humana, pero no es de las que favorecen el progreso. Pero no se ve en pueblo alguno, que se preocupe por el bienestar de los asociados, que se otorgue toda clase de garantías y derechos a lo que en sí mismo es dañino y pernicioso. Por tanto, no puede entenderse lo que ocurre en el país, donde la propaganda de las loterías, del totogol, del 5 y 6 y de toda clase de rifas ocupa las mejores páginas de los diarios escritos, los espacios radiales y la televisión.

En otras partes estos casos ocurren en forma bien distinta. Por ejemplo, la televisión, el más moderno y precioso instrumento de divulgación de las ideas, está dedicado únicamente a promover la cultura, el buen gusto y el mejoramiento de la población. Aquí la televisión está consagrada, en buena parte, a engañar al pueblo para inducirlo a comprar billetes de apuesta que, se le dice, lo harán rico en un día, sin necesidad de someterse al trabajo duro y constante y al metódico ahorro de pequeñas sumas de dinero. En la calle, en los cafés, en el reposo hogareño el colombiano está sometido a los impactos despiadados de la propaganda. Se derrocha ingenio y dinero para inducir a la compra de billetes de tómbolas y sorteos. Se necesita una voluntad de hierro para no sucumbir ante el miraje de los millones que constantemente golpea los sentidos de gentes angustiadas.

La práctica cotidiana de los juegos de suerte y azar crea en el hombre una mentalidad y una actitud completamente contrarias a las que conducen al ahorro y a la acumulación fecunda de energías y capitales. El juego engendra un ánimo aven-

turero, de fantásticas esperanzas, contrario a todo esfuerzo paciente y progresivo. Donde el juego domina las preocupaciones colectivas, están ausentes el método, la prudencia y la responsabilidad; hay un permanente divorcio entre la realidad y la fantasía popular que aniquila toda posibilidad de mejoramiento, y los presupuestos humanos económicos del ahorro desaparecen y se relajan los resortes del ímpetu creador. Una nación con tal mentalidad carece de energías para salir de la pobreza y el subdesarrollo.

De todos son conocidas las benéficas consecuencias del ahorro. En primer lugar, esta virtud cumple una función económica indispensable en la formación de los grandes capitales que es necesario invertir en las actividades o industrias de nuestros tiempos. El ahorro acumulado de millones de personas permitió a los países que hoy se encuentran en un alto nivel de civilización y de progreso, construir las empresas que les dieron simultáneamente poderío y bienestar. De esto, son elocuente ejemplo los países de Europa Occidental forjadoras de su propia riqueza. En nuestros días, La India, sin necesidad de acudir a empréstitos exteriores, logró realizar, en la década de 1950, la primera e importante etapa de la industrialización del país.

En todo tiempo el ahorro que una nación realice será la primera y más segura fuente de su propio progreso. Podrá incrementarse con capital extranjero, pero siempre será necesario para realizar en forma segura, sin ningún riesgo para la independencia nacional, las primeras etapas del desarrollo económico.

De otra parte, debe considerarse que si el ahorro supone cierto grado de educación en el pueblo, es primordialmente un factor pedagógico insustituible, con aptitud para desarrollar en la gente un sólido sentido de responsabilidad, de previsión y de confianza en las propias fuerzas. Un pueblo que ahorra, no será sorprendido en ningún momento por las dificultades y siempre tendrá los medios para vencerlas. Esta función educativa es tal vez la mayor y más alta importancia en la práctica del ahorro.

En cambio, una sociedad de jugadores carecerá de capacidad y de tesón para conquistar las etapas más altas del progreso. El ahorro y el juego no suelen convivir. Es forzoso escoger el uno o el otro. El ambiente de juego y de apuesta que circunda y satura la vida de los colombianos destruye nuestras mejores energías y nos condena a la impotencia económica.

Por último, no puede olvidarse que el ahorro es un medio eficaz para realizar interesantes aspectos de la justicia social, cuando las inversiones de las sumas acumuladas se hacen consultando la satisfacción de las necesidades fundamentales de los titulares de las cuentas de ahorros. Así ocurre, por ejemplo en Chile, donde los capitales formados por el ahorro son dados en

préstamo para la adquisición de máquinas domésticas, la educación de los hijos, la compra de pequeñas maquinarias industriales, herramientas, etc.

Conducido por un Estado previsor e inteligente, el ahorro debería cumplir entre nosotros los fines económicos, educativos y de justicia social que realiza en otras partes. Pero tenemos que aceptar que la inversión de los capitales provenientes del ahorro no se orienta a mejorar la condición económica de las clases del pueblo colombiano que con más asiduidad llevan sus economías a las cajas de ahorro. En efecto, según lo ordenan disposiciones legales vigentes, el producto del ahorro se invierte en nuestro país en la forma siguiente: Cerca del 50%, en viviendas urbanas, al través del Banco Central Hipotecario, y en vivienda rural, por intermedio de la Caja Agraria. Un 30% en créditos agrarios e industriales y en bonos del Estado. El resto, o sea el 20%, es de libre inversión por la Caja Colombiana, por las secciones de ahorros de los bancos comerciales y por la Caja de Ahorros del círculo de obreros. Hay que tener en cuenta, para no incurrir en falsa apreciación, que las viviendas que construye el Banco Central Hipotecario no están al alcance de las clases obreras, que son las que más ahorran en Colombia. En esta forma, los capitales provenientes del ahorro, no están canalizados, como debieran estarlo, al mejoramiento de la vivienda popular, sino a la provisión de habitantes de una clase económica distinta a la que acumula los capitales.

Tampoco es satisfactorio el régimen legal del ahorro en Colombia, desde el punto de vista de los incentivos que se ofrecen a quien ahorra. Es cierto que disposiciones legales en vigor hacen inembargables los primeros \$ 1.000.00 que se tenga en cuenta de ahorros; que hay exención de impuestos para los primeros \$ 5.000.00; que la Caja Colombiana de Ahorros ofrece anualmente a sus afiliados premios por \$ 300.000.00 con destino a viviendas; que los depósitos ganan interés anual del 4% y que hay otras pequeñas ventajas para los que economizan. Pero en ningún caso estos estímulos son comparables a los más amplios y eficaces existentes no solo en países europeos sino en muchos del continente americano.

Sin embargo, a pesar de la ausencia de halagos suficientes y de la intensa propaganda que diariamente se hace a las loterías y a otros juegos, el pueblo colombiano en forma espontánea responde a la necesidad elemental de pensar en el futuro y de economizar para ascender en la escala social.

Es sorprendente y satisfactorio comprobar que el ahorro se sobrepone a esas poderosas fuerzas psicológicas y económicas que tienden a paralizarlo. Así lo demuestran las siguientes cifras tomadas del informe anual del Gerente de la Caja Agraria y que corresponden al 31 de diciembre de cada año. En 1932 los depó-

sitos en el país, en cuentas de ahorros, sumaban \$ 10.285.241; en 1942, \$ 26.707.750; en 1952, \$ 174.448.000; en 1962, \$ 476.518.281 y en 1966, \$ 1.705.125.000.

Esto quiere decir que el buen sentido del pueblo colombiano es más fuerte que las criminales campañas que a diario se adelantan para enervarlo. Hay gentes que siguen ahorrando. ¿Pero hasta cuándo persistirán en su conducta prudente, resistiendo la avalancha de la vistosa publicidad, que utiliza los más variados e impresionantes medios para convencer? Es inicuo que el Estado no solamente se abstenga de reprimir semejantes empresas de corrupción sino que se sume a ella con la excusa inválida de que con el dinero de las loterías se sostienen las casas de beneficencia. Algo parecido se alegó por mucho tiempo en relación con el consumo de las bebidas fermentadas. Se decía que los fiscos de algunos departamentos quedaban arruinados sin el ingreso de los dineros manchados. Sin embargo, se eliminaron los expendios de tales licores y los remates de la nefasta renta, sin que los tesoros departamentales sufrieran bancarrota. Los únicos afectados fueron los enriquecidos administradores del repugnante ingreso.

Cosa similar ocurre con los dineros que para los hospitales producen los juegos. Tengo a la vista algunas cifras que indican la manera como se reparte el producto bruto de las loterías. Ellas indican que la mayor parte del dinero que se extrae del bolsillo de los ilusos se gasta en administración, en propaganda, en comisiones de ventas y, a veces, en favoritismos y en oscuros negociados. Lo que llega a las tesorerías de los hospitales es muy poco. Apenas lo indispensable para poder seguir usando el argumento de que los ominosos dineros sirven para aliviar el dolor humano y curar a los enfermos.

En el país 18 loterías hay y pronto su número crecerá con el de los nuevos departamentos. Cada uno juega cuatro o cinco veces al mes y con frecuencia realizan sorteos extraordinarios.

En 1962 las loterías vendieron al público billetes por \$ 325.086.141.00, de los cuales solamente correspondieron a objetos de beneficencia \$ 65.831.953.00, es decir, aproximadamente el 20% de tan crecida suma. En 1964 los billetes vendidos superaron la cifra de 500 millones de pesos y es seguro que los concursos de totogol, del 5 y 6 y otros sistemas de apuesta no recaudaron sumas inferiores a las que recibieron las loterías. En consecuencia, puede calcularse que en el presente año el juego sustraerá al proceso económico una cantidad superior a 1.000 millones de pesos.

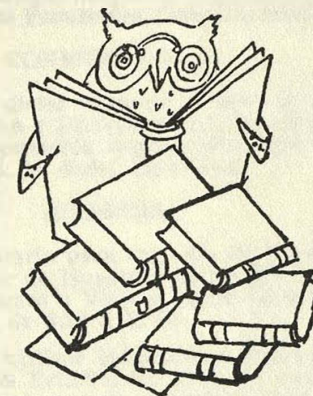
Pero lo más grave de todo esto no son las grandes sumas de dinero gastadas en apuestas sino el efecto corruptor en la psicología popular. El espejismo de los millones de las loterías y de

los premios acumulados por el tologol y el 5 y 6, la intensa propaganda, los vendedores ambulantes de billetes, crean en el país una mentalidad enfermiza que tiende a alejarlo del esfuerzo tenaz y metódico que hace grandes a las naciones. En otros países apenas se tolera una lotería, que juega una o dos veces al año y a la cual está prohibida toda propaganda o publicidad.

Para el futuro de Colombia es angustiosamente urgente que el Estado abandone su actividad de tatur y que no permita que los embaucadores sigan esquilmando al pueblo prevalidos de su ignorancia y de la punzante estrechez económica que cerca los hogares. Hay que suspender sin demora el espectáculo vergonzoso de la diaria apología del juego en la televisora oficial; hay que convencer a la gente de que cada uno tiene en sus manos su propia verdadera lotería, de que la suerte de los individuos y de las naciones no depende de un inalcanzable golpe de fortuna sino del empleo vigoroso de la inteligencia y de los músculos en la creación de la riqueza.

Alguien, equivocado a cerca de los altos fines del Estado podrá afirmar que el juego y sus consecuencias no son cuestiones políticas y económicas sino simplemente morales, indiferentes a los fines del Estado. En esto se cometería un grave error porque el hábito del juego es eminentemente pernicioso y al destruir el ahorro, aniquila una de las fuerzas de progreso y bienestar.

Mientras el Estado encuentra rentas sanas para reemplazar los abominables recursos, producto de la corrupción del pueblo, lo menos que puede exigirse es que se suspendan la propaganda y las ventas ambulantes. Que por medio de una ley o de un decreto extraordinario se haga lo que se acaba de hacer en Inglaterra con relación al consumo de cigarrillos, esto es, que se prohíba rigurosamente la publicidad en los periódicos, en la radio y en la televisión. En esta forma el mal no crecería ni seguiría causando los estragos irreparables que hoy está produciendo en la mente del pueblo.



CRONICA ROSARISTA